

El daguerrotipo

POR ROSALBA MORÁN TEJEIRA

—... Porque todo lo que diga puede ser usado en su contra. Nunca imaginé que una frase semejante, que escuché tantas veces en la televisión me la dijeran a mí, algún día. A pesar de gritar enloquecido que yo no la había matado, me detuvieron como el principal sospechoso y me encerraron en este estrecho cuarto blanco, todo acolchado, para que, según dicen, no me haga daño. Sin ver nada más que la nada y aquel retrato, que me aterra, pero del que no puedo separarme, insisto en que no la maté, ¿por qué, si la amaba? No estoy loco, yo sé que no estoy loco, o ¿sí? Decidan ustedes.

Ese día llegué a casa más tarde que de costumbre y no bien abrí la puerta un frío glacial golpeó mi rostro. Miré hacia la salita, donde generalmente me esperaba Lucía y la vi, eso pensé, recostada plácidamente sobre la silla estilo Luis XVI, que era su preferida y que evocaba el más bello neoclasicismo francés. Su bisabuela se la había heredado junto con todos los otros muebles, cuadros, vestidos y retratos que guardaba en lo que ella llamaba “la habitación del pasado” y a la que nadie, ni yo, nos atrevíamos a entrar. Mientras me acercaba, el frío se hacía más intenso y una escarcha que desprendía destellos brillantes, flotaba alrededor de su cuerpo, que parecía vivo. Recuerdo que cuando entró la policía, y me encontró temblando y con el cordón en la mano, el frío los hizo retroceder y correr a buscar sus “jaquets” para abrigarse. Creo, y aquí es donde no sé si vivo una pesadilla o estoy loco; cuando la vi de cerca no parecía ella. Estaba vestida de novia. Nunca antes había visto aquel vestido blanco, acampanado y con un armazón de alambre y varillas de madera que, según alguien dijo era un típico traje de novia de principios del siglo XIX usado también

como mortaja. Una hermosa diadema sostenía el largo velo de encajes que flotaba como enormes alas.

Un dolor agudo e insoportable se apoderó de mis entrañas y todo se oscureció. No sé cuánto tiempo estuve así. Creo que fue la empleada la que dio parte a la policía. La extraña, eso era para mí, tenía alrededor del cuello, según las investigaciones, marcas de que había sido estrangulada con un cordón. El parte forense determinó que no había signos de violación, por el contrario, la mujer era virgen. Por lo tanto, sólo yo podría haberla matado. Me encontraron en la escena del crimen. ¡Sólo sé que yo no la maté!

Las puertas del hospital se cerraron tras de mí. Ahí, entre las sábanas blancas encontré un extraño y antiguo estuche de vidrio, conteniendo un daguerrotipo donde se veía a Lucía sentada en el mismo sillón, con el mismo vestido de novia y un extraño (parecido a mí) parado a su lado, sosteniendo en una mano el cordón con que fue estrangulada.

El daguerrotipo tenía la siguiente inscripción: *mía para siempre.*

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

ROSALBA MORÁN TEJEIRA. Penonomé, Panamá, 1948. Fonoaudióloga. Diplomada en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá. Coautora de varios libros didácticos. Ha publicado cuentos en el libro colectivo *Letras Cómplices* y en la revista literaria “Maga”. Su primer libro de cuentos *Vidas Clandestinas* fue presentado en la Feria Internacional del libro de Panamá, en 2009.